La puerta siguiente , un día de guerra

El coronel, con un movimiento rápido y firme, bajó con su dedo una de las persianas. Al otro lado de la ventana vio a un hombrecito alto y delgado, sentado en las descoloridas sillas del pasillo mientras secaba sus anteojos con un pañuelo.

—¿Entonces es este el doctor que nos enviaron? —dijo el coronel a su secretaria sin apartar la vista del individuo. — No parece capaz de soportar el trabajo que hay aquí.

La secretaria, una damita pequeña y regordeta, anclada cómodamente a su escritorio, hizo sonar todas las alhajas de su brazo al extender al coronel varias cartas mientras decía con jocosa altivez:

—Pues ese es, y ojalá le guste, porque conseguir otro nos tomaría dos o tres semanas como mínimo.

—Está bien… habrá que mirar de qué está hecho. —dijo antes de salir de la oficina con el paquete de cartas bajo el brazo.

—¡Buenos días! Usted debe ser nuestro nuevo doctor—

El coronel ofreció un enérgico apretón de manos.

El doctor se levantó asustado por la apertura repentina de la puerta. Se puso sus anteojos deprisa y guardó su pañuelo, afanándose por causar una buena impresión, extendió su mano y apretó con fuerza la del coronel.

—Buenos días, sí señor, soy yo. Es un gusto que me hayan transferido aquí. —

—Me alegra que le guste. Permítame mostrarle la instalación y presentarle a algunas de las personas que verá por aquí.

—¡Coronel, tiene una llamada de la oficina de trasferencias! —se oyó gritar a la secretaria por el pasillo.

—Parece que debo dejarlo un momento, vienen más gallinas al gallinero. —dijo el doctor en tono burlesco—. Puede ir conociendo a nuestros huéspedes, esta es la puerta de la primera celda del pabellón, y no debe preocuparse… —y señalando con la mano el número en la puerta dijo en voz baja como si fuera un secreto:

—Este es un loco inofensivo.

—Quizás sea mejor que lea los expedientes de los pacientes —se apresuró a decir el doctor, presa de los nervios producidos por la sugerencia del coronel.

—No señor, es mejor conocer a los locos de primera mano —exclamó el coronel mirándole fijamente—, los expedientes están demasiado adornados con palabras bonitas que nadie entiende. ¿Creería usted que este chiflado —señaló de nuevo la puerta—, soldado del batallón séptimo, fue encontrado en el piso de su casa lloriqueando? Incluso tuve un caso de un loco que no logró llegar hasta aquí. Imagínese usted, ya le digo, media semana de papeleo para acomodarlo en nuestro humilde sanatorio y el muy tonto se ahorcó con su camisa en una distracción de sus guardias mientras lo trasladaban. Había matado a su mujer a golpes en una borrachera y se suicidó antes de llegar aquí. No quiero ni hablarle de todo el trabajo administrativo perdido por culpa de semejante irresponsable. Si se fija en el expediente dirá algo como “Trastorno por estrés postraumático”, ¿y qué quiere decir eso? Que son unas niñitas lloronas, ese es mi diagnóstico. Pero bueno, no quisiera ofenderlo, usted es el doctor y ha estudiado, debe saber mucho más de locos que yo. No necesita las opiniones de un hombre viejo, criado a la antigua.

— ¡Coronel, la llamada es urgente! —volvió a gritar la voz a través del pasillo.

— ¡Voy en un segundo! —Gritó de vuelta el coronel—. Doctor, por favor entre y haga lo suyo, seguiremos hablando en la hora del almuerzo. Puede pedirle al conserje que le indique dónde es la cafetería. —Y haciendo un pequeño gesto con la mano, se alejó con paso rápido.

El doctor se acercó lentamente a la puerta de la celda mientras pensaba qué hacer. Él no era un militar, y aquello no había sido una orden, aunque viniera de un coronel. ¿Qué hacer? Se disponía a retirarse cuando escuchó que alguien le decía.

— ¡Ah! No le había visto antes por aquí, así que usted debe ser el nuevo doctor. Mucho gusto, yo soy el conserje.

El doctor se volvió para ver a quien le hablaba y se encontró con un hombre bajo y ancho, todo vestido de gris, exceptuando por las coloridas herramientas que colgaban de su cintura. Tenía una gran nariz, sonrisa burlona y ojos pequeños que le miraban amigablemente. El doctor tragó saliva mientras estrechaba la mano del recién aparecido.

—¿Qué tal? Bue… buenos días. Sí, soy el nuevo doctor, mucho gusto —dijo casi tartamudeando—. Acabo de llegar y estaba camina…

—¡Claro! Me imagino que está conociendo a los pacientes. —Le interrumpió el conserje—. Hay algunos bastante divertidos aunque todos quedaron bastante locos por cosas de la guerra. ¿Quiere visitar a este? Permítame abrirle. —y sacando de su bolsillo un sonoro manojo de llaves, abrió la puerta en un santiamén.

El doctor quiso decir

No tiene que decirme esas cosas a mí, yo no soy el coronel. Trabajar aquí no es el paraíso, pero tiene sus cosas buenas.

Oh, mmm… sí, gracias... —respondió nerviosamente.

El coronel hizo una pausa.

“Otro debilucho” se murmuró el coronel para sí mientras veía al doctor alejarse por el pasillo.

Asustado por la repentina apertura de la puerta, el doctor se levantó

—Buenos días coronel, sí, soy yo. Es un gusto que me hayan transferido aquí. —dijo el doctor con

—Demos un paseo por el lugar, estoy seguro de que le gustará. —dijo el coronel mostrando con su mano el pasillo, mostrando el camino a recorrer. Recoger el pañuelo ya no era una opción. Empezó a caminar a su lado y volvió la cabeza para mirar el lugar exacto donde había caído su pañuelo, de forma que pudiera volver a recogerlo en cuanto terminara eI ban caminando y él miró atrás para buscar su pañuelo.

¿Le pasa algo, doctor?

—No señor, nada.

Se le cayó su pañuelo. Luego saludó al coronel.

Nada, no es nada.

¡No se ponga nervioso! Ya verá que se acostumbrará a este lugar. Todos lo hicimos. Por ejemplo ya paso por los cuartos más tranquilamente, cuando llegué estaba más asustado que usted… No me imaginaba la gente que podían haber encerrado aquí. Bueno, no digamos “encerrado”, mmm —pensó por un momento el coronel— digamos… resguardado.. sí, es una buena palabra. No me imaginaba la gente que podían haber resguardo aquí —corrigió el coronel.

Un hombre que no es estudiado y lo reconoce “yo no soy tan estudiado como usted, doctor, pero le digo que yo sé lo que se mueve por estos lugares, y no me sorprende que se haya dejado engañar por ese malparido. Él no torturó ni mató a un cerdo, a nadie encerrarían por eso. Mejor dicho, él sí hizo esas cosas, pero fue a un joven campesino, un muchacho casi de la edad suya.”

El doctor palideció, se sintió mareado, como si le hubiesen golpeado tan fuerte en la cabeza que hubiera perdido el equilibrio y la orientación. Respirando pesadamente, hizo una leve seña al conserje para despedirse y caminó a paso tembloroso por el pasillo. Mientras se acercaba a la misma banquita donde había esperado al coronel, divisó debajo de ella su pañuelo. Se agachó a recogerlo, y, sentándose para poder extenderlo sobre sus rodillas, se quedó mirándolo fijamente. Luego volvió a levantarse y se dirigió a la puerta siguiente.

Cómo será:

¡Es de lo más divertida! Estoy aquí por haber matado a un cerdo. ¿Cree que eso amerite mantenerme aquí encerrado?

—¿Matar a un cerdo? No lo comprendo. ¿Le importaría darme más detalles?